GUÍA ESPIRITUAL DE ESPANA

TOLEDO, LA CIUDAD IMPERIAL

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
. . . .

Garcilaso, Egloga, III, e., 65.

Toledo es una llama que en la planicie de Castilla han encendido la fe en Dios y el amor a la tierra. En la roca viva está asentada la imperial ciudad. Es una roca gris y cárdena que vino a florecer en las riberas del Tajo, que la abraza dulcemente deleitado en amor, y se mira en él. Se halla apartada del mundo porque en su orgullo supo crearse una vida para sí y en su humildad no ambicionar más y recatarla. Lo fué todo en España y conserva de su pasado hombres y monumentos imperecederos. Fué amada de todos: la ciudad de las generaciones la llamaron los judíos de las diez tribus de Israel, la perla los moros, corona de España y luz del mundo la llama su hijo Padilla. ¿Qué tuvo Toledo que todos los pueblos hallaron en su corazón hospitalidad y vivieron confundidos, fraternalmente? Su cosmopolitismo en el sentir como su variedad en el paisaje, quizás puedan dar una razón de esto. Pues tan vario fué el uno y es aun el otro: el paisaje toledano es el Cid y Garcilaso a un tiempo, mezcla de épica y de lírica; las aguas del Tajo que son espejo de su áspera apariencia guerrera, entran a sus campos llevando la frescor que hizo florecer la vega en deleitosos jardines en cuya umbría, gustosamente, se recrearon ingenios de otras épocas en tranquilo solaz. Y esas mismas placenteras aguas, al pasar, templaban los aceros para la guerra. Sí, hay en el alma de esta ciudad mucho de su paisaje: de una parte, el llano inacabable, frío, monótono, gris, en cuyas lindes, hacia el lado de la Mancha, asoman Don Quijote y Sancho; de otra, las sierras ardorosas, agrestes de cerca, de lejos azuladas y finas como el acero de las espadas. Y en esta confluencia de sierra, llano y río se alza de la tierra la ciudad con los brazos al cielo. El aislamiento en que ha vivido nos asegura de la fuerza de su individualismo y de su fe

en él; apartada de la mar, de los valles, de los fáciles caminos, supo bastarse a sí misma ayudándose sólo de una naturaleza no muy espléndida. A veces, parece ello renunciamiento; otras soberbia; pero una u otra muestran la energía de su espíritu, tan ardiente como la cruda luz que recibe del cielo la cual lo esmalta todo dibujando los contornos con una sequedad cortante. El gris castellano se torna en Toledo fuego, color de llama, que avivan desde la lejanía los mil puntos blanquecinos, como brasas, de las viviendas de la judería, trepantes cerro arriba, como si temieran hundirse en las linfas del rumoroso Tajo que pasa sin prisas, gozándose en bañar las faldas del glorioso cerro en cuya altura percharon las águilas del Imperio.

Obra contradictoria son en su paisaje, los Cigarrales y la Vega que los unos son ásperos, cenicientos o violados, donde la luz incendia la tierra de cuyo calor nacen ardorosas fragancias mientras la otra es suave, parca en boscajes, pero regalada con la fecundidad del terreno y el canto del agua. La Vega es el día en su esplendor, con dilatados horizontes y el sol en alto, alanceando las olmedas para pintar el suelo de azul y amarillo; los Cigarrales son el crepúsculo, el día que nace o la noche que viene, cuando canta un pájaro invisible y sabemos de la gente por una columnita de humo que en la calma sube recta al cielo delatando una casa solitaria. Estos dos tonos del paisaje, el serrano, desolado, áspero, y el del valle, atrayente, con los sotos ribereños, parecen resumir el alma castellana que lleva juntas, indiferenciadas, la adustez con la cordialidad, como están en las leyendas de los campos de La Sagra las cuales viven como la yedra, pegadas a los muros ruinosos o a los viejos palacios.

Karleto y Galiana, con el alma en pena del infeliz Bradamante, rondan aun en las noches de luna los tristes muros del castillo de Galafre, lo único en pie del palacio y los jardines de la huerta del Rey. Los bueyes pasan de otoño en otoño uncidos al arado por aquellos herrenes de leyendas de amor, abriendo las hazas que ondulan la tierra como un mar, y respetan como una isla las paredes del castillo para mantener en constante memoria la romántica historia del príncipe francés y la bella dama mora. Así van besando las aguas del Tajo, tornando después onduladas hacia la corriente, la estancia de Florinda la Cava en quien el Rey Rodrigo, para su mal, puso su amor. Como el brazo desclavado del Santo Cristo de la

Vega sigue jurando por el honor de Inés de Vargas contra la bellaquería del Capitán Diego Martínez. Melancólicas páginas estas del pasado, donde la fe exaltada y un candor primitivo han dejado el perfume de su poesía con el cual nos regalamos en estos tiempos tan prosaicos.

Arriba la ciudad con sus campanarios, agujas, torrecillas, azoteas, miradores, mezclándose el gusto cristiano con el oriental. Todo un conjunto apiñado de casas humildes, palacios, conventos, iglesias, sobre el cual reinan la catedral y el alcázar.

Toledo es hoy el resúmen de la España pretérita; la vida española que huyó ha dejado sus huellas en los caminos a la ciudad, en los campos de la redonda, y parece haber venido a refugiarse en la sombra de estas calles, en las casas cerradas, en las naves de las iglesias. El tiempo ha ido pasando, transformando los hombres, la vida, el sentir, pero Toledo sigue como fué; tan fuerte es el espíritu suyo que ha vivido inmutable; consciente de su esplendor dijérase que ha preferido vivir de los recuerdos a borrarlos para dar entrada a un presente incoloro, sin sustancialidad. Por eso ver Toledo es difícil, y sentirlo más aun. Toledo no está solo en su apariencia; necesitamos abstraer el espíritu y muchas veces cerrar los ojos para ver mejor uniendo la sensación al recuerdo para apreciarlo como es. Saber de una ciudad no es verla sino percibirla en su multiplicidad, diferenciarla y, en ésto, como los hombres, las ciudades tienen horas, momentos propios. Buscarlos toca al viajero si pretende juzgar serenamente o persigue una emoción sincera. En las viejas ciudades, el elemento interesante parece ser lo externo, su aspecto, aquellas obras en donde vivieron afanados la multitud o un gran artista para producir algo monumental que los años avaloran de día en día: cosas bellas, viejas al lado de otras nuevas sin mérito ninguno; épocas diferenciadas en suma. En Toledo no ocurre eso: todo parece de un mismo instante; sólo el tiempo es quien ha tenido piedad o cuidado de las cosas, los hombres se han limitado a dejarle hacer; por eso el alma de Toledo está en su ambiente, en los palacios como en las casas de la judería, en la Catedral como en el más recóndito convento y en sus calles estrechas como en las plazas desiertas. En esta soledad no turbada estamos viendo una poblacíon que nos es familiar, que conocemos todos: soldados que van o vuelven a Flandes o Italia, dignidades de la iglesia, mercaderes judíos, hombres de letras, regu-

lares con sus pardo sayales, pícaros, labriegos de La Sagra. . . . Es todo el mundo pasado que resucita y vuelve a sus mismos afanes, a las mismas calles, con idéntico nombre aun, a las mismas casas, a las mismas iglesias. Es un mundo de hombres conocidos que vive en nuestra alma porque hicieron nuestra historia. Algunos de ellos son hoy tan universales como españoles; dejaron en sus hechos o en sus libros un legado puramente ideal que vivirá mientras vivan espíritus delicados. ¿Qué emociones más inefables las sucitadas por recuerdos históricos o lecturas clásicas al verse enfrontados ahora con los lugares de su acción! Es otra vida que vuelve. Toledo ofrece como ningún otro pueblo esa melancólica posibilidad. De otro modo la ciudad es fría, como una vieja joya anónima de la cual solo podemos admirar sus colores y la habilidad del artífice; pero si a ello añadimos el saber a quien perteneció, ¡cuánta emoción más! Las evocaciones adquieren cuerpo, se realizan y logra el alma asomarse al pasado, raro y delicioso placer. Así es posible llegar a la posesión del secreto de Toledo, donde para Maurice Barrès, apasionado admirador suyo, se confunden las cosas más ardientes y tristes del mundo. Tristeza y ardor, decimos nosotros, que aun andan mezclados en el carácter español, si bien ahora no brillan en los ojos, como acontecía a los caballeros de Dominico el Greco.

Hemos percibido en Toledo lo que no es posible en otra ciudad de España: cómo fueron otros siglos, cómo se vivía, se trabajaba, se rezaba, se divertían y, lo mas difícil quizá de comprender, cómo se sentía. Los toledanos son como sus piedras: orgullosos de su pasado, disienten del sentir de hoy y siguen como antaño. A unos pasos viven de Madrid; invadidos se ven a cada instante por gentes de todo el mundo; pues bien, con ello su carácter se afirma, se enraíza más a la roca, temiendo, como las casas, irse al río rodadero abajo. Para mí, cada toledano lleva su alma rodeada de un Tajo, sobrepujado por los agrestes Cigarrales, pero con su vega, que es el lado abordable, risueño y placentero. Los hombres, las casas, las calles, el son de las campanas, todo vive acordado en este alcor. Las casas toledanas tienen un aspecto ceñudo, de cárcel y de convento, creo que decía Théophile Gautier. Desde fuera no las quisiéramos para vivir, pero si acertamos a entrar nuestro juicio cambia radicalmente, como el que tenemos de los hombres juzgados sólo por su porte. Tras el porche, blanco de cal, enguijado, des-

tartalado y sombrío, se abre una puerta a un mar de luz, el patio, medio pintado de oro por la luz del sol y entoldado por el azul del cielo. En aquella calma todo es sedante: abajo, cosen las mujeres o labran con deshilados o cristillos unos de aquellos lienzos crudos guardados en las arcas que todavía engalanan en los días grandes de boda o de bautizo, al estilo antiguo, las sobrepuertas y vasares; arriba, en la galería que rodea al patio sostenida por columnas de mármol que hablan de un esplendor remoto, la charla animada de otros vecinos o el lento acompasado ir y venir de un clérigo de negra sotana que proporciona ejercicio al cuerpo dándole a un tiempo al alma el pasto espiritual de un libro de devoción. Más arriba aun, en el cielo, pasan unas nubes, blancas inflamadas en parte por el sol de la tarde.

Así debió de ser Toledo como es. Para nosotros, su sentido tradicional tiene el mérito de no ser hijo de la negligencia sino de un razonado sentir. Toledo se venera a sí mismo. Y este amor, que es en los hombres condenable, en las ciudades lo consideramos como la mejor de sus virtudes.

Roca arriba se asientan, casi colgadas, pequeñas casitas blancas, pardas; van en oleadas, embutidas, sobremontándose, escalando el lugar donde culmina la flecha de la Catedral con las tres coronas del Primado de las Españas. De lejos, la población parece un inmenso panal cara al cielo; al entrar en la ciudad la impresión se afirma. Sus calles no parecen tal, son un laberinto, estrechas, tortuosas, quebradas; van trepando los ribazos o evitando las hondonadas para recojerse a veces en una casa; (no son extrañas en Toledo las calles que entran en las casas y allí mueren, en el patio, fatigadas en un absurdo zigzaguear por toda la ciudad.) Estas calles son una dificultad insuperable; mejor que una necesidad parecen un modo de evitar que vivan todos en una misma casa, y tal falta de expansión quizás explique por qué las diferencias de raza fueron menores en Toledo, y árabes, cristianos, judíos, moriscos, muzárabes vivían todos juntos sin estorbarse mucho, tolerándose. Inesperadamente, en una red de callejuelas se abre una placeta y en ella se alza un palacio señorial, escudo en la fachada, ventanales con hierros góticos y puertas claveteadas. ¿Quién vivirá en él? De la ancha puerta sólo se abre el postigo; balcones y ventanas celados siempre por espesas celosías orientales. ¿Qué misterios habrá que ocultar? ¿Quién necesitará de aquella paz

conventual? Quizá en sus salones vastos no viva más que un viejo hidalgo de no mayor hacienda que la del amo del Lazarillo; o tal vez una dama vive en semejante soledad mortificando su existencia con el recuerdo de personas idas. ¿Será posible pasar la vida voluntariamente en una casa cerrada de una plaza desierta? ¿De quién y cuáles serán las hazañas contadas por los cuarteles del escudo? . . . En el centro Toledo es más solemne, en los arrabales más abierto a la vida. En ellos están aun las viejas posadas y paradores. Cercana al Zocodover—el mercado redondo—pasada la Puerta de la Sangre, en cuyos escalones dormitan y esperan los Lázaros de hoy, está la más famosa, la del Sevillano. Allí paraba Cervantes cuando iba a Toledo; quizá desde las galerías del patio sorprendería a Diego de Carriazo y Tomás de Avendaño. No es difícil hoy todavía admirar a alguna otra Costancica afanada en los menesteres de la misma posada a la que siguen viniendo a parar los vinateros de Yepes, nueceros de Tendilla, cosecheros de Vargas, aceiteros de Oropesa. . . . Las cántaras de Talavera de la Reina y del Puente del Arzobispo siguen subiendo el agua del Tajo a lomos de los borricos por la cuesta del Cármen. Siguiendo por las afueras, hacia el Norte, en una casa caída nos cuenta una inscripción que fué aquel el solar del guerrero y poeta Garcilaso de la Vega, gentil amador, dechado de soldados que hizo honor a las armas y las letras. No lejos aparece una puertecita humilde de una casa retirada; es el convento de las Carmelitas. Allí posó una noche, y desde entonces no se ha movido, una bandada de palomas blancas que levantó el vuelo en Pastraña asustada su inocencia por el desenfado de la princesa de Eboli. La dulce madre Teresa de Jesús escondió a sus hijas, arrostrando la destemplanza del Rey. En el callejón del Tránsito está la casa de Dominico el Greco; su taller miraría a los Cigarrales y su amor a los colores calientes se templaría en las soberbias puestas de sol contra la roca. Cerca de su casa está Santo Tomé con el Entierro del Conde de Orgaz, obra maravillosa donde los caballeros principales del Toledo de entonces se muestran en cuerpo y alma. No lejos el palacio del moro Ambron en ruinas casi, pero viviendo en él la siniestra leyenda del banquete y los 400 degollados.

Id a Toledo, pero llevando por guía el corazón y el recuerdo de clásicas lecturas castellanas. Es lo necesario para conocerlo.

Nada tampoco hemos experimentado en las ciudades españolas

como en Toledo a la hora del amanecer. Cuando las primeras luces del día quiebran las sombras, dijérase que una bandada de pájaros de bronce se cierne cantando sobre la ciudad: son las parroquias, la Catedral, los conventos, saludando al nuevo día con la oración del alba. Es una de las horas más bellas en este pueblo. En el río flota una suave niebla, los caminos comienzan a salir de las sombras rayando los campos, la luz nueva pone oro en los cristales, el aire es claro, el cielo trasparente, las sierras violáceas. Es la hora de la sinceridad, cuando la ciudad dormida lanza al mundo lo más secular, lo eterno, y despiertan los oficios, pasan los arrieros, bajan al río los aguadores, se apresuran los clérigos, se oyen los gallos y las viejecitas, tocadas de negro, devotas de todos los santos, con paso menudito, van a suspirar en las naves desiertas de la Catedral donde la luz naciente que se entra ventanales abajo, lucha con las llamitas encendidas de las capillas y los exvotos. Unos clarines estridentes se oyen de la parte del Alcázar llamando a la tropa. Las campanas siguen sonando graves unas, argentinas otras, a las lejanas, presuradamente, y aquella salmodia la van acordando los altibajos de la roca y la profundidad de las calles. La luz apaga este sonar y, a poco, sólo quedará predominando la campana de la Catedral que lleva a todo el pueblo y al campo el melancólico toque de la misa mayor. Cuando es pleno día se esfuma un tanto esta realidad anacrónica.

En la tarde, lo más grandioso de Toledo es el órgano. La Catedral comienza a sumirse en sombras, las naves a elevarse en el oscuro, los haces de columnas se adelgazan, una lumbrarada de sol enciende unos momentos los vidrios de colores de un ventanal para apagarlos enseguida, dos cirios arden en una capilla, en el coro suena rutinario el canto de los canónigos y el templo está desierto. Al acabar la monótona canturia del cabildo, un estallido de mil voces concertadas pueblan el ambiente y traen al alma todo el fervor de una creencia. Parecen abiertas las puertas de la gloria; un don del cielo ha bajado a la tierra. El órgano hace el milagro de iluminar aquella fría oscuridad de panteón. Poco a poco van apagándose también estas voces celestiales, quedan unos instantes temblando unas flautas que son como el caer de un hilo de agua en un estanque y enseguida, de la fiesta musical, sobreviven unas graves vibraciones que nos conturban y nos ponen delante, agudo, el misterio de la vida.

Jamás conoceremos Toledo sin sentir en él estas pequeñas emociones. Toledo es bien español, lento en concederse, pero cordial si llegamos a él con buena voluntad. Por eso los viajeros que le ven de tren a tren hablan mal de sus calles, de la gente, de su sol. ¿Qué saben ellos?

Sobre todas las cosas de Toledo hay una cualidad bien distintiva, que es la señoril. No sabemos de donde dimana, perso es posible percibirla siempre. Su imperialismo se nos antoja que pasó de su política a su alma y los mismos cardenales suyos, perduran en la historia y en la tradición más con la señoril altivez de un soldado que con la recogida unción de un ministro del Señor. Como Segovia es melancolía, Avila misticismo, Burgos la epopeya y Salamanca el renacimiento, Toledo es la apostura castellana gallardamente soberbia, pero no desprovista de amable cortesía.

Cada vieja ciudad española ha conservado hasta ahora mucho de su antiguo sentir. No sabemos si es un mal o un bien, pero, lo indudable, es la emoción pura que produce a quienes son capaces de llegar a ellas y comprenderlas.

Obra de siglos, de duras y heroicas empresas ha sido la de estos pueblos. Seamos sensatos para verlos; no pretendamos halagar nuestros gustos en ellos queriendo que sean un eco nuestro Hay un arte de ver las viejas ciudades para el cual no es necesario ninguna preparación sino llevar el corazón por delante y ser espléndidos en generosidad. Son otras tierras, otros hombres, otros cielos. Queramos entenderlos.

Tal suerte le cupo a una ciudad andaluza con un extranjero; y ella aumentó la fama de él y él extendió por el mundo la de ella. Esta mutua cortesía se contiene en un libro de un americano, "The Alhambra" de Washington Irving.

Toledo, como cada ciudad castellana, merece un hombre así.

RAMÓN JAÉN

UNIVERSITY OF CALIFORNIA